



XII - DOS CONFE-  
RENCIAS SOBRE  
CULTURA HISPANO  
AMERICANA





## PRIMERA CONFERENCIA (1)

SEÑORAS Y SEÑORES:



**V**ENGO a cumplir un compromiso y un deber con el Centro de Cultura Hispano-Americana. Su presidente, mi respetable, querido y bondadoso amigo, el senador D. Luis Palomo, me requirió desde un comienzo, cuando hubo de organizarse esta Sociedad, para que aportase mi modesta colaboración a esta obra patriótica de

(1) Estas conferencias habían de figurar, con otras de diferentes autores, en un volumen que pensaba publicar el Centro de Cultura Hispano-Americana; pero como el volumen no se ha publicado, el texto de aquéllas tiene, en el presente libro, la condición de inédito. Las conferencias se dieron en Mayo y Junio de 1911.



cultura. Una porción de atenciones de otro orden, y no ciertamente las de mi recreo personal, han evitado que cumplierse el que era tan vivo deseo en mí como en el mismo presidente; pero ha llegado el momento de que esas ocupaciones me dejen un resquicio, y aquí estoy para deciros en primer término cómo yo comulgo absolutamente en vuestros ideales y en vuestras aspiraciones, y cómo deseo contribuir con todo aquello que pueda a esta obra, y principalmente con lo más personal que tengo, a saber: mi experiencia directa de las cosas de América. En otro respecto, el venir aquí a realizar un trabajo de esta naturaleza es un deber para conmigo mismo, el cumplimiento de un compromiso con mi propia persona; porque yo tengo un deber que todo el mundo conoce, un deber constantemente en pie con América, un deber que emana de todas las deferencias, de todas las atenciones, de todo el cariño que me rodearon durante mi viaje, y que no podré pagar jamás, por muchos esfuerzos que haga en pro de la difusión de lo que América representa en el mundo y en la tierra española.

En segundo lugar, yo tenía que venir aquí. Era absolutamente necesario, aunque no hubiese mediado aquel requerimiento, que yo espontáneamente me hubiera ofrecido para esta obra, muy análoga a la que me encomendó la Universidad de Oviedo, y que no he abandonado ni un momento desde que

comencé a dedicarme a ella aun antes de ese encargo.

Pudiera parecer que, por estar orientada mi vida, ahora, en otro orden de avasalladoras atenciones (que realmente invierten y necesitan todo el tiempo de que un hombre puede disponer, si es que quiere ocuparse sinceramente de ellas) en el interés, en la atención, en la actividad, me hubiese apartado algo, o quizá totalmente, del problema americano; pero en rigor no es así. He continuado fiel a él, atento siempre a las palpitaciones del alma americana, y he continuado en una honda, profunda, continua comunicación con las gentes que allí comulgan con nuestro sentir en punto a una inteligencia y a una colaboración en todos los órdenes de la vida, y singularmente en la intelectual, entre hispano-americanos y españoles. Deseo hacer *constancia*, como diría un americano, de este hecho, por ser posible que alguien creyese que, dada la nueva dirección de mi vida, abandonaba yo aquello a que, en cierto modo, me consagré en una serie de ofrecimientos a los hispano-americanos. Me induce a pensarlo así el hecho de que algunas personas afecten (por lo menos) creer que, efectivamente, yo me he apartado del cultivo del problema americanista, o parezcan demostrarlo así con algunos actos suyos, en los cuales se ve, no digo una intención (porque eso significaría un conocimiento real de los hechos y un apartamiento



de la realidad), pero, en fin, como una creencia de que estoy descartado completamente del problema, y un cierto deseo de apartamiento de mi persona; y como se ha dado el caso de que, por esto, yo no pudiera asistir a muchos actos recientes que se referían a inteligencias, a homenajes, a relaciones con personajes americanos que han estado en España, necesitaba explicarlo en la primera ocasión oportuna como un hecho que no procede de mí, sino de otros, y que no significa lo que algunos pudieran imaginar por mi parte. Si esa creencia equivocada existe y no es una ilusión de las que solemos poner en las cosas propias por mucha serenidad que queramos aportar a ellas; si esto existe, repito, es un pleno error: en primer lugar, porque, como digo, no he abandonado jamás el campo americanista; y luego, porque aun cuando pudiera haber alguien que deseara que yo lo abandonase, no lo abandonaría tampoco. Primero, porque de mi voluntad soy soberano, y mientras yo quiera seguir trabajando en cosas de América, es inútil que se empeñe nadie en que deje de trabajar; y en segundo lugar, porque mientras cuente con la cooperación y comunicación de los americanos mismos, siendo ellos los más, esto me basta y me sobra.

Dispensadme esta digresión de carácter personal, porque no obedece a una pura satisfacción de amor propio: obedece al deseo

de comenzar sentando que yo estoy donde estaba, y que no ha habido ni siquiera un alto en el largo camino de americanismo que emprendí hace muchos años.

Siempre que se habla de estas cosas de americanismo, me pongo a pensar que, como en tantas otras cosas que emprendemos en la vida, lo que nos importa ante todo es darnos cuenta exacta de las ideas o sentimientos a que responde. Muchas veces nosotros, singularmente los que me escucháis y comulgáis conmigo en este amor al problema americano, estamos en peligro de equivocarnos en punto a la intensidad y al valor de ese movimiento en España, y conviene que de vez en cuando nos paremos un poco a considerar si esto que solemos estimar como hecho importante, quizás porque lo juzgamos examinándolo en nuestra propia alma, es tan grande mirado en relación a toda la gente española que quisiéramos unir a este movimiento. Y, en efecto, pensemos quiénes son en rigor y cómo son, los que en España sienten el problema americano, y veremos que la gran masa de ellos está constituida por los emigrantes y, en general, por los hombres que se mueven en el orden económico y en el mundo de los problemas mercantiles. Los emigrantes, por una razón natural: América



es su esperanza, es el país en que vive una parte considerable de su familia. Todo el mundo sabe que en Asturias, en Galicia, en las Provincias Vascongadas y en Santander (para no citar más que los grandes núcleos de emigración) apenas hay una familia que no cuente con algún pariente en América, y puede decirse que para ellos la patria es a la vez América y España. En segundo lugar, por el interés económico; porque el emigrante va allí no sólo por encontrar gentes de su linaje que le instan a ir, sino por un porvenir económico que ordinariamente se figura mucho más amplio y fácil que en España. Y en tercer lugar, porque el emigrante español, aunque no sea en la mayoría de los casos un emigrante golondrina, como una gran parte de la emigración italiana, es un emigrante que vuelve siempre a España, y vuelve en estas dos condiciones: o vuelve herido por la realidad, despechado, desengañado, hambriento, a sus lares, a esperar allí la resolución triste y miserable de su problema económico; o vuelve por el contrario, triunfador; y cuando viene triunfador (y ésta es una verdad en la cual no se insistirá nunca bastante), cuando vuelve triunfador, digo, no vuelve, como la leyenda pregona, solamente para deslumbrarnos con los diamantes de su pechera: vuelve para acordarse de la tierra donde nació, vuelve para reedificar la iglesia en que fué bautizado, para construir una escuela digna de la ense-

ñanza patria y ante la cual no tengamos que avergonzarnos; viene a derruir unas veces, y otras a edificar; pero siempre con un plan nuevo, siempre atendiendo al sentido moderno de la vida. Vive en la casa donde sus padres le criaron, que erige como en templo de los recuerdos de la familia, y la remozada y moderniza, como ejemplo de alta cultura en aquellos sitios donde nació y donde va a ser una representación del sentido moderno de la vida, que poco a poco irá difundándose a los contornos.

Por esta razón, el emigrante siente el problema americano; lo siente también por todas las otras razones que le afectan, y porque lo ve palpar en América con todos sus peligros, con todos los peligros que tiene para nosotros, para la cultura, para la civilización y para el sentido que en la Historia representa el pueblo ibérico, y adivina o ve claramente el contratiempo que en lo futuro puede sobrevenir para aquella obra que él ha emprendido modestamente; percibe la importancia nacional extraordinaria, casi diría la importancia internacional, que para la civilización tiene el atender al problema americano, y es, por todo ello, un factor importante y consciente del americanismo. A su lado están los elementos que representan la vida económica española, que se preocupan hondamente del problema, como se han preocupado siempre de todo aquello que puede representar



una salida para los productos españoles. Esto es perfectamente lógico y natural, y así se comprende que las orientaciones americanistas de orden mercantil, de orden económico, en general, donde primeramente han fructificado en España, ha sido en Cataluña y en Bilbao.

La masa popular de nuestro país es otro elemento que siente el problema americanista; pero esa ya puede darse cuenta de los motivos. Lo siente por instinto; y prueba de ello es que cuando se le habla de él responde con un movimiento de interés, de afecto, como teniendo la presciencia de que allí, en lo íntimo de aquellas cosas cuyos elementos no puede analizar, cuya importancia no podría definir, se agita un problema que le toca de modo fundamental, y que toca, sobre todo, a la patria. Esto que os digo es fruto de una experiencia que vive en mí. En todas partes, a mi regreso de América, y aun antes de regresar, he tenido ocasión de ponerme en contacto con la masa anónima formada por el pueblo entero, y me he encontrado, mejor dicho, he sentido cómo vibraba el espíritu de aquellas gentes ante mis palabras o ante las palabras de quienes les hablaban del problema americanista; he notado, repito, cómo había en ellas una agitación sentimental que no era producto, como en los intelectuales, de una reversión al sentimiento de ideas elaboradas en la inteligencia, sino el momento

inicial de despertarse el espíritu a un nuevo horizonte.

Pero en las que solemos llamar clases directoras, en las propiamente intelectuales, en las gentes, en suma, que significan algunán dirección, alguna guía en la vida nacional, confesemos que el problema americanista es muy escasamente conocido y sentido. Somos una minoría muy exigua, casi insignificante por el número, un grupo muy pequeño de gentes los que hablamos de esto y sentimos que se agita dentro de nosotros, y ponemos algo más que un interés descuidado, que un interés de respuesta a soliciación de un interlocutor o a soliciación momentánea de un movimiento popular, en el estudio del problema y en los medios para resolverlo.

Hay un ejemplo representativo de este hecho que acabo de indicaros, y quiero deciroslo, aunque realmente todos vosotros lo sabéis por propia experiencia, y no necesitaría demostración ninguna. Pero el hecho es éste: quizás porque los estudios históricos constituyen y son en España una de las disciplinas más cultivadas, tenemos muchos eruditos, tenemos muchos hombres que cultivan este orden de estudios. Pues bien; con dificultad inmensa se encontraría hoy un americanista. Ordinariamente, los que se ocupan de esto se ocupan a la vez de otros asuntos, y son un número limitadísimo, la mayor parte



de ellos resto de una generación en la cual llevaban la bandera del americanismo hombres como Jiménez de la Espada. Pero entre la gente joven, en la cual podemos fiar, en la cual hemos de poner las esperanzas, es de una dificultad inmensa encontrar hoy un muchacho orientado en este orden de conocimientos y con amor bastante para lanzarse a una investigación exclusiva o preferente de ellos; y basta esto, que se podía extender a todas las demás esferas de la vida intelectual, para demostrar que es perfectamente exacta la afirmación de que en las clases directoras, en las gentes que se llaman intelectuales, el problema americanista no ha entrado hondamente, no ha llegado a agitar profundamente, y en la medida que necesitamos, la preocupación y el espíritu colectivos, y, por tanto, en rigor, nosotros, para luchar, no podemos contar sino con estos tres elementos: un grupo muy pequeño de intelectuales, una gran masa social que siente nada más que de una manera vaga el problema, y el grupo de los emigrantes.

¿Por qué esto? Todo hecho tiene su explicación. Claro es que, tratándose de un hecho social, es muy difícil dar una explicación que nos satisfaga a todos; cada hecho social tiene una complejidad inmensa, y es muy difícil para el investigador llegar a ver todas las relaciones que tiene con otra porción de órdenes de la vida. Pero una ex-

plicación bien vale otra, y me permitiréis que yo os 'dé la mía. Yo creo que esto responde a tres causas principales. La primera es que de ordinario la gente que puede tener aquí opinión no acierta a ver el fruto que puede reportar la unión estrecha con América, y no siente preocupación alguna por el problema americanista. Lo ven quienes saben que detrás de su viaje, detrás del acrecentamiento de nuestras relaciones, detrás de los buenos tratados internacionales, detrás del mejoramiento de la condición del español allí, y detrás del triunfo, o, por lo menos, de la concurrencia considerable en la formación del espíritu americano, hay una ventaja para nosotros; y lo aprecian también las gentes, que saben que todo eso significa el vender más paño, más vino, más aceite. Pero los españoles de otras esferas no ven todavía, repito, en su inmensa mayoría, el fruto que puede dar y lo que puede importarnos mantener en América el influjo de nuestro espíritu, y los peligros que puede traer el perderlo. Claro es que en esto hay un error; pero yo no discuto opiniones, sino que expongo hechos. Hay un error, lo mismo en el orden jurídico que en el histórico, en el artístico, en el social, en el pedagógico. En todos ellos nosotros tenemos, además, mucho que aprender de América; y aunque no fuese más que en el orden de la enseñanza, podemos sacar gran provecho para nuestra



propia obra en ver cómo ellos han planteado la suya y la han resuelto o están en vías de resolverla. Aunque no lográramos más que esto, aunque no estuviera, como está, involucrada esta cuestión con nuestro porvenir, con el porvenir de todos y con el sentido general y la composición de la cultura humana, la cosa bien valdría la pena de que la atendiésemos.

La segunda causa, a mi juicio, es esta: la falta en el momento actual, en España, de grandes ideales. Somos un país, señores (yo creo, por lo menos, que lo somos), carente de preocupaciones trascendentales; vivimos con el problema del día, con la resolución del conflicto momentáneo que se nos presenta delante. Nuestro horizonte es sumamente corto: hay como una niebla espesa que no nos deja ver las lejanías, y nadie apunta para poder disparar de modo que la bala dé en un sitio lejano. Se contenta con que dé en el blanco próximo, olvidándose un poco que aquello no significa nada, quizás, para la orientación futura de su país. No tenemos, como teníamos en el siglo XVI, grandes ideales; y quizás nuestra mayor grandeza entonces procedía de las preocupaciones que apuntaban a la eternidad, es decir a la perduración de nuestra obra. Este espíritu que latía en todos nuestros actos, lo he podido apreciar, y no puedo recordarlo sin emoción, en los restos de nuestras cons-

trucciones de América, que, con la muda y viril elocuencia de la arquitectura, dicen cómo tenía nuestro pueblo el instinto de edificar para una eternidad, como lo tuvo el pueblo romano. Hoy, que hemos perdido ese sentido de nuestra actuación en la Historia, no podemos ver la grandeza, la importancia extraordinaria que tiene el problema americano, que no sólo es un problema de momento ni un problema mercantil de vender mejor; es un problema de futuro que toca a la desaparición o continuación, gravitando y teniendo realidad en la obra de la civilización humana, de aquello que representa el espíritu ibérico, mejor o peor orientado, que esto no es del momento, pero que, al fin y al cabo, es una de tantas flores espirituales que se han abierto en el camino de la Historia a través de las luchas del hombre para su mejoramiento, y que tiene derecho a figurar en el vergel que la Humanidad ha de formar el día de mañana para vivir mejor y de una manera, por tanto, más feliz, conseguidos sus ideales.

Por fin, la tercera causa creo yo que es esta: que sabemos muy poco de América. Sabemos poquísimo de la América pasada, aun de la América nuestra, de la América colonial; y si no, hacedme el favor de decir cuántos alumnos de nuestras Universidades podrían contestar a las preguntas más elementales de historia o geografía americanas.